

Descripciones de Cristo en el papel de nuestro Sumo Sacerdote (7.23–28)

En el gran pasaje del sacerdocio de Hebreos 7.22–28 hay tres retratos de Cristo. Hemos visto que Él es nuestro «fiador de un mejor pacto» (vers.^o 22). También vemos que es nuestro sacerdote eterno y nuestro sacrificio eficaz (vers.^{os} 26, 27). Raymond Brown hizo notar que la obra sacerdotal de Cristo incluye Su «logro permanente, poder ilimitado, ministerio presente, carácter inmaculado y ofrenda perfecta».¹

UN SACERDOTE (7.23, 24)

²³Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar;
²⁴mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.

Los sacerdotes estaban sirviendo en el templo para cuando se escribió Hebreos, antes de la caída de Jerusalén en 70 d. C., cuando el templo fue destruido y sus sacrificios llegaron a su fin. Puede que el autor haya estado hablando principalmente de los tiempos ideales de años pasados, cuando los sumos sacerdotes correctos de la familia de Aarón estaban sirviendo. Esta podría ser una razón por la que el templo no es mencionado específicamente en Hebreos.

Numerosos sumos sacerdotes sirvieron bajo la Ley debido a la muerte o el corto tiempo en sus funciones, mientras que nosotros tenemos tan solo un Sumo Sacerdote para siempre en la iglesia. De acuerdo a Josefo, hubo ochenta y tres sumo sacerdotes antes de la caída de Jerusalén.² Muchos otros sacerdotes sirvieron con un total, en un momento

dado, de mil quinientos.³ El registro de cada sacerdote concluye con la frase «y murió». Moisés tomó a Aarón y al hijo de este, Eleazar, a la cima del Monte Hor, despojó a Aarón de sus vestiduras y se las dio a su hijo. Aarón entonces murió en el monte. Así sucedió una y otra vez, con el pasar de sumo sacerdotes anteriores y la sucesión del sacerdocio. La naturaleza perdurable del Sumo Sacerdote superior de Cristo se evidencia en las palabras «permanece para siempre» (vers.^o 24); Su período como sacerdote nunca termina. La profecía de Salmos 110.4 fue repetida en Hebreos 7.21, donde dice: «Tú eres sacerdote para siempre». Ningún sacerdote judío podía ser un sacerdote para siempre—sin embargo, Cristo lo es pues fue levantado de los muertos para no volver a morir.

El versículo 16 resalta las diferencias entre los dos sacerdocios, uno que es terrenal, o «de la descendencia», y el segundo, «según el poder de una vida indestructible». El versículo 23 pone su atención en otro contraste, a saber: los muchos frente al Uno. Cristo sigue teniendo el poder que ejerció en la tierra al sanar y realizar otros milagros, pese a que la era de los milagros terminó una vez que el evangelio fue confirmado (vea 2.1–4). Si bien el escuchar acerca de los milagros de Cristo realizados durante el inicio de Su ministerio debió haber fortalecido la fe de los cristianos primitivos, puede que esto no haya sido suficiente. Tal vez, se estaban preguntando: «¿Qué ha hecho Cristo por nosotros desde entonces?». Necesitaban entender que Su obra presente de intercesión (vers.^o 25) es tan valiosa como lo fueron Sus milagros visibles pasados.

Cristo sigue siendo nuestro Sumo Sacerdote de forma «inmutable» (vers.^o 24b). La palabra «inmu-

¹ Raymond Brown, *The Message of Hebrews: Christ Above All (El Mensaje de Hebreos: Cristo está sobre todo)*, The Bible Speaks Today (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1982), 134.

² Josefo *Antigüedades* 20.10.1.

³ Josefo *Contra Apión* 1.22.

table» (ἀπαράβατος, *aparabatos*), que significa «intransferible», indica que el sacerdocio jamás puede ser dado a otro.⁴ Tan solo imaginar que la posición de Cristo pueda ser dada a un fundador o «profeta» de alguna denominación es impensable a la luz de esta declaración.

El último sumo sacerdote de Jerusalén fue nombrado por los Zelotes como una burla. Fue una persona indigna que escasamente sabía lo que significaba el sumo sacerdocio.⁵ La ineptitud de ese sumo sacerdote contrasta fuertemente con la habilidad de Cristo para «salvar perpetuamente» (vers.º 25). Su muerte no restringía Su Sumo Sacerdocio, en vista de que poco tiempo después fue levantado de los muertos a fin de vivir para siempre. «... la muerte no se enseñorea más de él» (Romanos 6.9). Jesucristo tiene Su Sumo Sacerdocio de forma permanente, y nadie lo puede suplantar.

UN SACERDOTE PARA SIEMPRE (7.25)

... ²⁵por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

Cristo puede salvar, en parte, porque vive para siempre como nuestro Sumo Sacerdote. Sus pasadas demostraciones de poder dejaron de ser visibles, sin embargo, lo que ahora hace es una demostración de poder sin límite en el tiempo y en la eternidad. Necesitamos a un Salvador que «puede», es decir, que tiene poder. Cristo tiene el poder necesario para salvarnos de la muerte eterna. Por medio de Su sacrificio en el Calvario puede salvar al obediente del castigo por el pecado (5.8, 9).

La palabra «salvar» está en tiempo presente; en otras palabras, continúa salvando. De forma similar, Pablo aseveró en 1ª Corintios 10.13 que Jesús tiene el poder de dar la salida (o «salvar») de cualquier tentación. Puede lograrlo por medio de los ángeles (1.14), y Cristo está obrando por medio de ellos. Mediante la permanencia de Su vida y la naturaleza de Su Sumo Sacerdocio, continúa salvando del poder del pecado a los que se mantienen fieles a Él. Los cristianos aún necesitan que se les «salven». ⁶ Cristo puede presentarnos ante el Padre de una forma que anteriormente era impensable,

⁴ William Barclay, *The Letter to the Hebrews (La Carta a los Hebreos)*, 2a ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1957), 87.

⁵ Josefo *Antigüedades* 20.10.1; *Guerras* 4.3.7–8.

⁶ Gareth L. Reese, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario crítico e interpretativo de la Carta a los Hebreos)* (Moberly, Mo.: Scripture Exposition Books, 1992), 119.

a saber: Puede «guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24). Su intercesión por nosotros constituye una fuente constante de ayuda.

Los traductores de la NASB escogieron el término «para siempre» (παντελής, *pantelēs*) para describir el alcance de nuestra salvación, sin embargo, la NKJV y la ASV consignan «a lo sumo». Cristo no deja la labor a medio camino, sino que continúa en tanto que tengamos la necesidad de Su poder salvador. Es por esta razón que intercede por nosotros. Su labor intercesora fue enfatizada por Pablo (Romanos 8.33, 34). Necesitamos de este Sumo Sacerdote porque, como Él dijo: «nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). La declaración en cuanto a que Cristo es nuestro intercesor constituye una de las declaraciones más grandes de las Escrituras.

F. F. Bruce creía que las palabras de Romanos 8.33, 34 «hacen eco de una confesión cristiana primitiva de fe» que testificaba de la muerte, resurrección, expiación y labor intercesora de Jesús.⁷ Ciertamente, los cristianos se pueden gloriar en tener un socio como tal que procura nuestras necesidades del cielo. Esta labor fue anunciada en Isaías 53.12. A los que se acercan a Dios en Cristo les esperan increíblemente grandes bendiciones. Los sacerdotes levíticos no habrían pensado en la posibilidad de que esto sucediera por medio de sus funciones. Hay un reposo para el cansado (Mateo 11.28–30), y existe la confianza de tener el camino abierto a Dios el Padre (Juan 14.6). No se ha provisto otro camino.

La palabra «interceder» (ἐντυγχάνω, *entugchanō*) no se encuentra en ninguna otra parte de esta carta, sin embargo, Pablo la usa con respecto a la intercesión del Espíritu y de Cristo (Romanos 8.26, 34). Puede que Cristo continuamente haga por nosotros lo que hizo por los apóstoles en Juan 17.6–26. Lo anterior es de alguna forma diferente a lo que el Espíritu hace cuando convierte nuestros gemidos indecibles en un mensaje divino pidiendo ayuda, asegurándonos así que Dios responderá. Podría ser similar a lo que el sumo sacerdote antiguo-testamentario hacía al ofrecer sacrificios por los adoradores que venían para que el castigo por sus pecados fuera «pospuesto», al añadirle su propia intercesión a los sacrificios de ellos.⁸

⁷ F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews (La Carta a los Hebreos)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 154.

⁸ El infinitivo en presente usado en este pasaje quiere decir que Él sigue intercediendo. (Neil R. Lightfoot, *Jesus*

Tanto Pablo como el autor de Hebreos vincularon la labor intercesora de Cristo con Salmos 110. Isaías 53.12 también parece ser un fundamento para este concepto, identificando a Cristo como el que intercede por los transgresores.

UN SACERDOTE POR ENCIMA DE TODO (7.26, 27)

²⁶Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; ²⁷que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

Nos convenía que se nos diera un «sumo sacerdote» como el que requerían las circunstancias, uno que fuera completamente libre de pecado. Tenía que ser «santo» (ὅσιος, *hosios*), que quiere decir «con las características de Dios, piadoso, devoto y religioso en todos Sus tratos con Dios». ⁹Esta palabra «siempre describe al hombre que fiel y meticulosamente cumple con su deber ante Dios». ¹⁰El sacerdote antiguotestamentario había de ser santo en vista de que solamente personas como las tales podían entrar al templo. Había de ser puro de corazón y no meramente alguien que realizaba la liturgia de forma correcta. Jesús no estaba manchado de pecado, así como tampoco debemos estarlo nosotros. Tanto Pedro como Pablo se refirieron a Salmos 16.10 cuando identificaron a Jesús como el «Santo» (Hechos 2.27; 13.35). Por sí solo, Él reúne todos los requisitos para lo que necesitamos. Los cristianos han de ser santos, sin embargo, lo podemos lograr *solamente mediante* Cristo, que nos «santifica» (Hebreos 2.11), o nos hace santos.

Nuestro Señor también es «inocente», o inofensivo (vers.º 26), en todos Sus tratos con el hombre. Jesús dio muestras de una vida libre de malicia y de odio; fue gentil y benevolente con todos. Hizo solamente lo que era bueno. Cuando echó afuera a los cambistas del templo, estaba «limpiándolo», lo cual ciertamente era bueno. Su actuar colocó obligadamente la atención en los hurtos de ellos. (Juan 2.14, 15). Tal vez, dio como resultado que

Christ Today: A Commentary on the Book of Hebrews [Jesús hoy: Comentario sobre el libro de Hebreos] [Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976], 146–47.)

⁹ Robert Milligan, *A Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario sobre la Carta a los Hebreos)*, New Testament Commentaries (Cincinnati: Chase and Hall, 1876; reimp., Nashville: Gospel Advocate Co., 1975), 270.

¹⁰ Barclay, 89.

algunos se arrepintieran.

La frase «sin mancha» (ἀμίαντος, *amiantos*; vers.º 16) supone que Jesús no tenía impureza moral. El término podía ser usado en referencia a la pureza física; a los sacerdotes se les exigía que no tuvieran imperfecciones externas. ¡Cuánto más importante es tener pureza moral! El estar sin mancha no solamente significa que evitara la profanación ceremonial, como lo habían de evitar los del orden levítico, sino también que estuviera completamente libre de profanación moral. Los sacerdotes estaban manchados con pecado y por lo tanto estaban profanados, sin embargo, «nos convenía» (vers.º 26) un Salvador que estuviera por encima de profanación. Nuestras vidas también tienen que ser diferentes a las de los pecadores; a veces es necesario que nos apartemos física como moralmente (2ª Corintios 6.14–7.1).

Jesús estuvo «apartado de los pecadores» (vers.º 26), a la vez que se mantuvo identificado con Sus «hermanos» (2.11–18). Está cerca de nosotros, pero lejos de la maldad del mundo. Fraternizó abiertamente con toda clase de personas mientras estuvo en la tierra, sin embargo, se mantuvo «apartado» del estilo de vida que se presenta como «tinieblas». ¹¹

A diferencia de Él, a veces caemos presos de las tinieblas. Cuando hemos pecado, debemos confesar nuestros pecados a Dios y buscar el perdón mediante la misericordia de nuestro Señor. De esta manera, podemos continuar «andando en la luz» (vea 1ª Juan 1.7–10), siendo constantemente limpios por la sangre de Jesús.

El versículo 27 agrega diciendo que los sumos sacerdotes tenían que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, lo cual no sucede en el caso de Cristo. En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote oraría diciendo:

Oh, Dios, he cometido iniquidad, transgredido y pecado delante de ti, yo y mi casa. Oh, Dios, perdona las iniquidades, transgresiones y pecados que he cometido, transgredido y pecado delante de ti, yo y mi casa, como está escrito en la Ley de tu siervo Moisés... ¹²

Jesús nunca dijo algo así, pues no tenía pecado.

Cristo es en efecto nuestro «cordero sin mancha y sin contaminación» (1ª Pedro 1.19). Nuestra redención por medio de Él es tan sublime y maravillosa

¹¹ La Biblia está llena de referencias a las «tinieblas» espirituales (Lucas 1.79; 22.53; Juan 1.5; 3.19; 8.12; 12.35, 46; Hechos 26.18; Romanos 2.19; 13.12; 2ª Corintios 6.14; Efesios 5.8, 11; 6.12; Colosenses 1.13; 1ª Tesalonicenses 5.4, 5; 1ª Pedro 2.9; 1ª Juan 1.6; 2.8, 9, 11).

¹² *Mishná Yoma* 3.8.

que nosotros, también, nos volvemos intachables de pecado. Él está «apartado de los pecadores» (vers.º 26), porque es sin pecado (4.15). Está por lo tanto por encima de todo ser humano y «hecho más sublime que los cielos» (vers.º 26). Es más sublime que los moradores del cielo, es decir, los ángeles. Esto es por naturaleza así, en vista de que todas las cosas están sujetas a Él (Efesios 1.22, 23). Su exaltación incluye Su resurrección, ascensión y glorificación. «Representa la perfección suprema de nuestro eterno Sumo Sacerdote en el santuario celestial».¹³ Él reina con Dios en los cielos y por lo tanto obviamente es más alto que «los cielos». Su posición está ahora por encima de las limitaciones de nuestras percepciones; esto es, lo creemos por fe y no lo «percibimos» mediante la observación ni la experiencia física en esta vida.

Tendemos a pensar que el sumo sacerdote servía solamente en el Día de la Expiación (vers.º 27), sin embargo, Filón dijo que el sumo sacerdote «[ofrecía] oraciones y sacrificios todos los días a favor de toda la nación...».¹⁴ Puede que Thomas Hewitt haya estado en lo correcto al decir lo siguiente sobre este versículo: «El autor ha combinado simplemente el sacrificio anual del sumo sacerdote con los sacrificios diarios de los sacerdotes».¹⁵ El ministerio de Jesús como sacrificio nuestro no exigía que se repitiera; se decía que era «una sola vez» (ἅπαξ, *hapax*; 9.27, 28) y «una vez para siempre» (ἐφάπαξ, *ephapax*; 9.12; 10.10). Las anteriores son palabras claves en Hebreos. La idea de un sacrificio continuo de parte de Cristo totalmente quebranta y se opone al Nuevo Testamento. El sumo sacerdote antiguotestamentario hacía sacrificios repetidamente, incluso por sus propios pecados (Levítico 16.6, 11); sin embargo, la ofrenda de Cristo fue «una vez para siempre». La idea de que alguien muera por los demás ya era aceptada por los judíos en vista de que «los mártires en los días de los Macabeos ofrecieron sus vidas confiando en que serían recibidos como expiación a favor de sus conciudadanos israelitas...».¹⁶ Jesús se ofreció «a sí mismo», lo cual constituía otra

diferencia clave entre Él y los sacerdotes ordinarios provenientes de Leví. Este contraste es trazado por primera vez aquí en 7.27, sin embargo, se elabora posteriormente en Hebreos.

UN SACERDOTE PERFECTO (7.28)

²⁸Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.

Los sacerdotes antiguotestamentarios tenían debilidades (vea 5.2). En Cristo, tenemos al sacerdote ideal. El versículo 28 constituye un resumen de los dos versículos anteriores. Los sacerdotes del viejo pacto eran débiles, pecadores y mortales. Algunos también eran vanos y orgullosos. Cristo no tiene ninguna de estas características; Él triunfó sobre toda debilidad humana y sobre la naturaleza que era similar a la nuestra y le fue impuesta durante el tiempo de Su vida terrenal. La palabra «débil» podría sugerir una distinción entre el pecado que se comete en debilidad y el que se realiza deliberadamente. «Un sumo sacerdote que pecaba intencionalmente no podía permanecer en su puesto».¹⁷

En este pasaje se combinan las ideas de dos profecías claves (Salmos 2.7 y 110.4), pues Cristo es nuestra persona perfecta. Escrito mucho tiempo después de que se diera la ley de Moisés, Salmos 110.4 dice: «Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec». Esta oración declara categóricamente que el viejo sistema sería reemplazado. Aquí se sugiere claramente que la Ley y el sacerdocio eran inseparables y que ambos quedaban atrás. El juramento es «posterior a la ley» y no era parte de la Ley en un sentido estricto. Por lo tanto, el juramento de Dios mencionado en Salmos 110.4 ayudó a preparar el camino para el nuevo pacto de Cristo. «La cronología misma alude a la incompetencia del sacerdocio instituido bajo la dirección de Moisés en proveer lo que anunciaba».¹⁸

Los últimos tres versículos del capítulo 7 dan un resumen de los principales puntos de la carta hasta ahora, a saber: El sacerdocio durante la Ley fue reemplazado por un Sumo Sacerdote perfecto, el Hijo de Dios, que nunca será reemplazado. Parte del argumento del capítulo 7 puede parecer nos extraño

¹³ Philip Edgcumbe Hughes, *A Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario sobre la Carta a los Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1977), 275.

¹⁴ Filón *Leyes Especiales* 3.131.

¹⁵ Thomas Hewitt, *The Epistle to the Hebrews: An Introduction and Commentary (La Carta a los Hebreos: Introducción y comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960), 127.

¹⁶ Bruce, 158–59. Tales sentimientos se expresan en los escritos apócrifos de 2º Macabeos 7.37–40; 4º Macabeos 6.27–30; 17.22; 18.3, 4.

¹⁷ Simon J. Kistemaker, *Exposition of the Epistle to the Hebrews (Exposición de la Carta a los Hebreos)*, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1984), 208.

¹⁸ Hughes, 279.

hoy, sin embargo, recuerde que el autor estaba escribiendo a hebreos que creían que el sacerdocio de Aarón había de ser para siempre. Requería valor escribir tal mensaje a hebreos devotos.

PREDICANDO SOBRE HEBREOS

DESCALIFICADO DEL SERVICIO (7.24, 25)

Para que Jesús fuera apto para ser sacerdote según el orden de Melquisedec era necesario que tuviera el más alto comportamiento moral posible. En la ley y la tradición judía había 142 razones para que un hombre que era del linaje debido fuera rechazado del sacerdocio. Estas eran todas físicas y no tenían nada que ver con su carácter interno ni comportamiento. La forma como lucía, cómo se vestía y cómo cortaba su cabello eran de suprema importancia. Había que pasar por muchas ceremonias para ser nombrado sacerdote.

La naturaleza externa de tales reglamentos resaltan el hecho de que la Ley no lograba llevar a los hombres a Dios, ni purificar de pecado el carácter de ellos. La naturaleza total de los reglamentos y de la adoración de la Ley era externa, basados en los sentidos físicos de la vista, el olfato, el escucha y el tacto. El sonar de trompetas y las hermosas vestiduras del sumo sacerdote tenían poco que ver con el corazón o el alma del hombre.

Los que desean regresar a una adoración que consiste de músicos y artistas profesionales no le hacen justicia a la naturaleza misma de la adoración de Cristo. Algunos de los judíos cristianos deseaban renunciar a lo real y regresar a la sombra (Hebreos 10.1), sin embargo, las sombras no capacitaban al adorador para acercarse a Dios. La ley tenía demasiadas limitaciones físicas para ser espiritualmente adecuada para las necesidades del hombre. ¡Qué trágico es no ver la diferencia entre la sombra y lo que es real!¹⁹ La Ley podía señalar el pecado y la falla del hombre, sin embargo, no podía llevar a las personas a las alturas donde las lleva Jesús.

JESÚS Y NUESTROS PROBLEMAS (7.25)

Es sorprendente la forma en que Jesús trató con nuestros problemas del pecado, de la muerte y de las tentaciones de Satanás. Estas están siempre delante de nosotros. Satanás sigue tentándonos si se lo permitimos. Tenemos que entregarle diariamente nuestras dificultades a Jesús (Filipenses 4.4–8), que

¹⁹ Esta idea fue propuesta por James T. Draper, Jr., *Hebrews, the Life That Pleases God (Hebreos, la vida que agrada a Dios)* (Wheaton, Ill.: Tyndale House Publishers, 1976), 194–96.

intercede por nosotros. ¡Qué amigo nos es Jesús! ¿Puede imaginarse desarrollarse en la realidad una amistad estrecha con Él mediante la oración y la obediencia diaria? Es una idea gloriosa que casi escapa a la comprensión, sin embargo, es posible cuando cooperamos con Él por medio de la fe (1ª Pedro 1.3–5). El proceso de añadir virtudes cristianas a nuestras vidas nos provee seguridad de salvación ahora y a última instancia (vea 2ª Pedro 1.5–11). Cristo vive como nuestro contemporáneo, de lo contrario, no podría servir como nuestro mediador y Sumo Sacerdote.

Si bien Jesús nos ayuda con el problema de nuestro pecado, no podemos superar el deseo de pecar sin hacer un esfuerzo por crecer en conocimiento y fe (1ª Pedro 2.1–3; 2ª Pedro 3.18). Mediante nuestras oraciones, recibimos «gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4.16), sin embargo, esto no elimina la necesidad que tenemos de buscar la salida de la tentación (1ª Corintios 10.13).

Algunos dicen de sus estilos pecadores de vida así: «Esta es mi forma de ser. No podré cambiar nunca». Pablo dijo que algunos de los tipos más inmorales de personas habían sido cambiadas (1ª Corintios 6.9–11). Si los que estaban en Corinto podían ser salvos de la horrible inmoralidad de la perversión sexual y la codicia, ¿quién puede decir que algunos no pueden cambiar hoy? Satanás enseña esa mentira con el fin de llevar a las personas a la desesperanza. Jesús da esperanza y nos salva de la desesperanza.

Puede que pequemos una y otra vez, sin embargo, la noción de que Jesús tenga que ofrecer Su sangre de nuevo o que le recuerde al Padre de Su sufrimiento en la cruz constituye una invención que este pasaje injustifica. Este punto de vista busca justificar el ofrecimiento de la «Misa» sobre la tierra, sin embargo, no es bíblico. La abnegación de Jesús fue expresada en Su muerte voluntaria, un acto realizado una vez para todos los tiempos (Hebreos 9.27, 28). Su relación con el Padre es directa, sin embargo, Dios no necesita que se le recuerde del sacrificio de Jesús como sucede con los humanos.

UN SACERDOTE SIN PECADO (7.26)

Las iglesias litúrgicas tienen sacerdotes especiales que presumen ir a Dios por aquellos que confiesan sus pecados. Cuando pecamos, no necesitamos confesar ante un sacerdote humano imperfecto. Los que estamos en Cristo y nos acercamos al Padre por medio de Él tenemos la seguridad de que podemos confiar implícitamente en nuestro Sumo Sacerdote. Él es puro y santo. Es digno de nuestra fe y confianza y tiene el poder de redimirnos plenamente. Ningún

humano está capacitado para tal tarea.

Cristo es «inocente». ¡Qué injusto fue Su juicio! Los jueces lo declararon culpable de blasfemia. Pilato fue la excepción, pues reconoció Su inocencia (Lucas 23.4, 13–16, 22); pero dio el brazo a torcer por conveniencia política. Jesús llevó nuestra culpa sobre sí y mediante Su muerte nos trajo la sanidad espiritual (1ª Pedro 2.22–24; 3.18). Fue el «justo» que moría por el «injusto». Su carácter es puro en todo sentido.

APARTADO, SIN EMBARGO, ES AMIGO (7.26)

En Su vida y carácter, Jesús era completamente diferente y «apartado de los pecadores». Al mismo tiempo, al estar interesado en nosotros, hizo todo lo que estaba en Su poder para probar que era amigo de los pecadores. Fue acusado con desdén de comer «con los publicanos y pecadores» (Mateo 9.11), lo cual parecía ser algo terrible para Sus oponentes. Jesús no negó la acusación; en realidad dijo que la relación que tenía con ellos constituía el propósito mismo para el cual había venido al mundo (Mateo 9.12, 13). Fue acusado de ser como ellos, incluso hasta el punto de ser acusado de bebedor por esa relación (Mateo 11.19).

Nosotros, también, tenemos que ser amigo de los pecadores—pero, sin llegar a participar en sus maldades. No somos como Jesús; puede que seamos

tentados sobremanera si nos hacemos acompañar del mal. Tal vez, no podamos guiar al grupo a Cristo con nuestra influencia piadosa de la forma que pudo hacerlo Cristo. En cierta ocasión conocí un joven que asistió a una universidad cristiana para instruirse como ministro. Se convirtió en un excelente orador. Lo escuché tiempo después cuando cautivaba al estudiantado de una universidad con sus palabras. Contaba que salía durante las noches a tomar café con prostitutas, creyendo que las podía llevar a Cristo. Me dije a mí mismo: «Eres demasiado joven para esa labor; estás arriesgando tu familia y tu alma». Lo siguiente que escuché fue que él y su esposa se habían divorciado. Deseaba tanto ser «amigo de los pecadores» que se expuso al peligro. Tenemos que usar el sentido común. Tenemos que «huir de la fornicación» y a veces huir de personas que se involucran en ella (1ª Corintios 6.18). Dios en efecto nos provee la salida de la tentación (1ª Corintios 10.13), sin embargo, no es cuando corremos a ella en lugar de huir de ella.

SOSTENTE DEL ANCLA

Si comenzamos a deslizarnos de la Palabra (2.1–4), también comenzaremos a dudar de la Palabra (3.7–4.13). Pronto nos volveremos tardos para con la Palabra (5.11–6.20) y nos haremos creyentes perezosos. ¡La mejor manera de evitar deslizarnos es sujetarnos del ancla!

Autor: Martel Pace

©Copyright 2006, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados